

Vigésimo Domingo
ciclo a

EL VALOR DE LA ORACIÓN

— Cómo pedir. El Señor atiende con especial solicitud la oración por los hijos.

— Cualidades de la oración: perseverancia, fe y humildad. Buscar la ayuda de otros para que unan su oración a la nuestra.

— Pedir en primer lugar por las necesidades del alma, y por las materiales en la medida en que nos acerquen a Dios.

I. En el Evangelio de la Misa¹, San Mateo nos dice que Jesús se retiró con sus discípulos a la región de Tiro y Sidón. Pasó de la ribera del mar de Galilea a la del Mediterráneo. Allí se le acercó una mujer gentil, perteneciente a la antigua población de Palestina –el país de Canaán– donde se asentaron los israelitas. Y a grandes voces le decía: *¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! ¡Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio!*

El Evangelista consigna que Jesús, a pesar de los gritos de la mujer, *no respondió palabra*. Este primer encuentro tuvo lugar, según indica San Marcos, *en una casa*, y allí la mujer *se postró a sus pies*². El Señor, aparentemente, no le hizo el menor caso.

Después, Jesús y sus acompañantes debieron de salir de la casa, pues San Mateo escribe que los discípulos se le acercaron para decirle: *Atiéndela para que se vaya, pues viene gritando detrás de nosotros*. La mujer persevera en su clamor, pero Jesús se limita a decirle: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de Israel*. Esta madre, sin embargo, no se dio por vencida: *se acercó y se postró ante Él diciendo: ¡Señor, ayúdame! ¡Cuánta fe!, ¡cuánta humildad!, ¡qué interés tan grande en su petición!*

Jesús le explica mediante una imagen que el Reino había de ser predicado en primer lugar a los hijos, a quienes componían el pueblo elegido: *No está bien* -le dice- *tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos*. Pero la mujer, con profunda humildad, con fe sin límites, con una constancia a toda prueba, no se echó atrás: *Es verdad, Señor* -le contesta-, *pero también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus amos*. Se introduce en la parábola, conquista el Corazón de

Cristo, provoca uno de los mayores elogios del Señor y el milagro que pedía: *¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como tú quieres. Y quedó sana su hija en aquel instante.* Fue el premio a su perseverancia.

Las buenas madres que aparecen en el Evangelio manifiestan siempre solicitud por sus hijos. Saben dirigirse a Jesús en petición de ayuda y de dones. Una vez será la madre de Santiago y de Juan la que se acerque al Señor para pedirle que reserve un buen puesto para sus hijos. Otra vez será aquella viuda de Naín que llora detrás de su hijo muerto y consigue de Cristo, quizá con una mirada, que se lo devuelva con vida... La mujer que nos presenta el Evangelio de hoy es el modelo acabado de constancia que deben meditar quienes se cansan pronto de pedir.

San Agustín nos cuenta en sus Confesiones cómo su madre, Santa Mónica, santamente preocupada por la conversión de su hijo, no cesaba de llorar y de rogar a Dios por él; y tampoco dejaba de pedir a las personas buenas y sabías que hablaran con él para que abandonase sus errores. Un día, un buen obispo le dijo estas palabras, que tanto la consolaron: «¡Vete en paz, mujer!, pues es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas»³. Más tarde, el propio San Agustín dirá: «si yo no perecí en el error, fue debido a las lágrimas cotidianas llenas de fe de mi madre»⁴.

Dios oye de modo especial la oración de quienes saben amar; aunque alguna vez parezca que guarda silencio. Espera a que nuestra fe se haga más firme, más grande la esperanza, más confiado el amor. Quiere de todos un deseo más ferviente –como el de las madres buenas– y una mayor humildad.

II. La oración de petición ocupa un lugar muy importante en la vida de los hombres. Aunque el Señor nos concede de hecho muchos dones y beneficios sin haberlos pedido, otras gracias ha dispuesto otorgarlas a través de nuestra oración, o de la de aquellos que se encuentran más cerca de Él. Enseña Santo Tomás⁵ que nuestra petición no se dirige a cambiar la voluntad divina, sino a obtener lo que ya había dispuesto que nos concedería si se lo pedíamos. Por eso es necesario pedir al Señor incansablemente, pues no sabemos cuál es la medida de oración que Dios espera que

colmemos para otorgarnos lo que quiere darnos. Hemos de solicitar también a otras personas que rueguen por las intenciones santamente ambiciosas que tenemos en nuestro corazón, y por todo aquello que deseamos obtener del Señor. El mismo Santo Tomás explica que una de las causas de que Jesús no respondiera enseguida a esta mujer fue porque quería que los discípulos intercedieran por ella, para hacernos ver de esta manera lo necesaria que es, para conseguir algunas cosas, la intercesión de los santos⁶. El milagro extraordinario que le pedía esta mujer gentil necesitó también una oración excepcional, acompañada de mucha fe y de mucha humildad. *Perseverar es la condición primera* de toda petición: *es preciso orar siempre y no desfallecer*⁷, enseñó el mismo Jesús. «Persevera en la oración. –Persevera, aunque tu labor parezca estéril. – La oración es siempre fecunda»⁸. La petición de la mujer cananea fue eficaz desde el primer momento. Jesús solo esperó a que se dispusiera su corazón para recibir el gran don que solicitaba.

Hemos de pedir con fe. La misma fe «hace brotar la oración y la oración, en cuanto brota, alcanza la firmeza de la fe»⁹; ambas están íntimamente unidas. Esta mujer tenía una fe grande: «cree en la Divinidad de Cristo, cuando le llama Señor; y en su Humanidad cuando le dice Hijo de David. No pide ella nada en nombre de sus méritos; invoca solo la misericordia de Dios diciendo: “Ten piedad”. Y no dice ten piedad de mi hija, sino de mí, porque el dolor de la hija es el dolor de la madre; y a fin de moverle más a compasión, le cuenta todo su dolor; por eso sigue: *Mi hija es malamente atormentada por el demonio*. En estas palabras descubre al Médico sus heridas y la magnitud y especie de su enfermedad; la magnitud, cuando le dice: *Es atormentada malamente*; la especie, por las palabras: *por el demonio*»¹⁰.

La constancia en la oración nace de una vida de fe, de confianza en Jesús que nos oye incluso cuando parece que calla. Y esta fe nos llevará a un abandono pleno en las manos de Dios. «Dile: Señor, nada quiero más que lo que Tú quieras. Aun lo que en estos días vengo pidiéndote, si me aparta un milímetro de la Voluntad tuya, no me lo des»¹¹ Solo quiero lo que Tú quieres y porque Tú lo quieres.

III. Esta mujer que pide y recibe nos enseña con su ejemplo una cualidad más de la buena oración: la humildad. La oración debe brotar de un corazón humilde y arrepentido de sus pecados: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*¹², el Señor, que nunca desprecia un corazón contrito y arrepentido, resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes¹³. A quien se sabe *servus pauper et humilis*¹⁴.

El Señor desea que le pidamos muchas cosas. En primer lugar, lo que se refiere al alma, pues «grandes son las enfermedades que la aquejan, y estas son las que principalmente quiere curar el Señor. Y, si cura las del cuerpo, es porque quiere desterrar las del alma»¹⁵. Suele suceder que «apenas nos aqueja una enfermedad corporal, no dejamos piedra por mover hasta vernos libres de su molestia; estando, en cambio, enferma nuestra alma, a veces todo son vacilaciones y aplazamientos (...): hacemos de lo necesario accesorio, y de lo accesorio necesario. Dejamos abierta la fuente de los males y pretendemos secar los arroyuelos»¹⁶. Para el alma podemos pedir gracia para luchar contra los defectos, más rectitud de intención en lo que hacemos, fidelidad a la propia vocación, luz para recibir con más fruto la Sagrada Comunión, una caridad más fina, docilidad en la dirección espiritual, más afán apostólico... También quiere el Señor que roguemos por otras necesidades: ayuda para sobreponernos a un pequeño fracaso; trabajo, si nos falta; la salud... Y todo en la medida en que nos sirva para amar más a Dios. No queremos nada que, quizá con el paso del tiempo, nos alejaría de lo que verdaderamente nos debe importar: estar siempre junto a Cristo.

A Jesús le es especialmente grato que pidamos por otros. «La necesidad nos obliga a rogar por nosotros mismos, y la caridad fraterna a pedir por los demás. Es más aceptable a Dios la oración recomendada por la caridad que aquella que está motivada por la necesidad»¹⁷, enseña San Juan Crisóstomo.

Hemos de orar, en primer lugar, por aquellas personas a quienes nos une un vínculo más fuerte, y por aquellas que el Señor ha puesto a nuestro cuidado. Los padres tienen una especial obligación de pedir por sus hijos; mucho más si estos estuvieran alejados de la fe o el Señor hubiera manifestado una particular predilección por ellos

llamándolos a un camino de entrega. Y para que Dios nos oiga con más prontitud, acompañemos con obras nuestra petición: ofreciendo horas de trabajo o de estudio por esa intención, aceptando por Dios el dolor y las contrariedades, ejerciendo la caridad y la misericordia en toda oportunidad.

Los cristianos de todos los tiempos se han sentido movidos a presentar sus peticiones a través de santos intercesores, del propio Ángel Custodio, y muy singularmente a través de Nuestra Madre Santa María. Dice San Bernardo que «subió al Cielo nuestra Abogada, para que, como Madre del Juez y Madre de Misericordia, tratara los negocios de nuestra salvación»¹⁸. No dejemos de acudir cada día a Nuestra Señora; mucho nos va en ello.

1 Mt 15, 21-28. — **2** Mc 7, 24-25. — **3** SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, 3, 12, 21. — **4** ÍDEM, *Tratado sobre el don de la perseverancia*, 20, 53. — **5** SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 83, a. 2. — **6** ÍDEM, *Catena Aurea*, vol. II, p. 338. — **7** Lc 18, 1. — **8** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 101. — **9** SAN AGUSTÍN, *Sermón 115*. — **10** SANTO TOMÁS, *Catena Aurea*, vol. II, pp. 336-337. — **11** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 512. — **12** Sal 50, 19. — **13** Cfr. Pdr 5, 5; Sant 4, 6. — **14** Cfr. LITURGIA DE LAS HORAS. *Himno del oficio de lecturas en la Solemnidad del «Corpus et Sanguis Christi»*. — **15** SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre San Mateo*, 14, 3. — **16** *Ibídem*. — **17** ÍDEM, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 354. — **18** SAN BERNARDO, *Sermón en la Asunción de la B. Virgen María*, 1. 1.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.